

# EL REFLEJO DE LA LITERATURA Y DE LA VIDA EN ERNESTO SABATO

## («El túnel» y «Sobre héroes y tumbas»)

### I

Podríamos afirmar, sin miedo a equivocarnos, que Ernesto Sábato posee un marcado gusto por una novela psicológica, una novela que refleja la crisis en que está sumido el hombre contemporáneo. Dos son los tipos de novelas que él encuentra: unas de puro entretenimiento, como puede ser el caso de la novela policíaca, y otras que permiten estudiar la condición humana.

La primera de ellas «representa en el siglo veinte lo que la novela de caballería en la época de Cervantes. Más todavía: creo que podría hacerse algo equivalente a *Don Quijote*: una sátira de la novela policial (...) Creo que se podría hacer algo divertido, trágico, simbólico, satírico y hermoso» (1).

La segunda sería una novela metafísica y psicológica en tanto en cuanto expondría la infelicidad humana, fruto de las crisis espirituales, la imposibilidad de comunicación, la búsqueda de Dios, el mal, etcétera. Novela ésta que se ha de olvidar de requiebros formales, para abundar en los temas profundamente vitales, existenciales.

A este respecto, en *Sobre héroes y tumbas* aparecen algunas referencias literarias que reflejan las propias opiniones del autor, no obstante estar expuestas por boca de Bruno, personaje que en muchas ocasiones toma el lugar del propio Sábato.

En una ocasión en que Martín va andando con Bruno para que éste le disipe algunas dudas respecto a Alejandra, se cruzan por la calle con «un hombre que caminaba delante de ellos, ayudado con un bastón», y que no es otro que Jorge Luis Borges. A la pregunta de si es un buen escritor, responde Bruno:

—No sé. De lo que estoy seguro es de que su prosa es la más notable que hoy se escribe en castellano. Pero es demasiado preciosista para ser un gran escritor (2).

(1) *El túnel*, EDHASA, Barcelona, 1975, p. 97.

(2) *Sobre héroes y tumbas*, Edit. Sudamericana, Buenos Aires, 1968, p. 190.

A pesar de ello, se le reconocen algunas características muy argentinas: cierta nostalgia, cierta tristeza metafísica, pero todo ello dentro de una «incapacidad para entender y sentir la totalidad de la patria, hasta en su sucia complejidad» (3).

Para Sábato la cualidad importante, lo único que esencialmente debe poseer la literatura argentina es la profundidad. Sin ella todo lo demás es inútil, por mucho que se intente presentar tipos auténticamente argentinos. De ahí que censure una obra como *Los siete locos*, de Roberto Arlt, por presentar personajes apócrifos, o los gauchos afrancesados de Güiraldes en su *Don Segundo Sombra*, a pesar de que sea muy argentina su preocupación metafísica (4).

Fuera del ámbito argentino, pero íntimamente relacionado con él, aparecen otras referencias a autores como Tolstói en tanto que autor opuesto a Borges por cuanto aquél prescinde de bizantinos deslumbramientos formales, o Shakespeare, quien, curiosamente, supo conseguir esa ansiada profundidad en la literatura inglesa, a pesar de que muchas de sus obras ni siquiera se desarrollan en Inglaterra; o Saint-Exupéry, aventurero piloto, que sabe enfrentar la amistad al riesgo y a la muerte.

Por ello el autor procede en sus obras a conceder un mayor papel a la narración autobiográfica, con lo que consigue representar mejor el complejo mundo interior de cada personaje, tal y como sucede en *El túnel*, y en el capítulo III de *Sobre héroes y tumbas*, ese importante capítulo en que Fernando nos aporta su informe sobre los ciegos, o en el capítulo IV, en el que el narrador nos ofrece toda una serie de datos que le han sido contados por Bruno, con lo que aquél se convierte en mero elemento transmisor.

Se produce, por tanto, una clara desaparición del autor omnisciente, para dar paso a una narración desde dentro, cual es el caso de Castel y de Fernando. Así se consigue una mayor objetividad y verosimilitud, a pesar de que ello suele conllevar una ruptura del tiempo cronológico para supeditarse al tiempo subjetivo y narrativo. Y es por esto por lo que no extraña nada que el proceso de los razonamientos del protagonista de *El túnel* pueda resultar en ocasiones impreciso, casi impresionista. Son como pinceladas cambiantes. Y así, por ejemplo, cuando nos está explicando que había estado imaginando diversas variantes posibles para un encuentro con María, de pronto pasa a analizar su timidez, y su no asistencia a salones de pintura porque detesta los grupos, sectas y todos los conjuntos de

---

(3) *Ibidem*, p. 192.

(4) *Ibidem*, p. 192, cfr.

«bichos que se reúnen por razones de profesión, de gusto o de manía semejante». En esos momentos él mismo se da cuenta de su discurrir inconexo, y llega a decir:

Observo que se está complicando el problema, pero no veo la manera de simplificarlo. Por otra parte, el que quiera dejar de leer esta narración en este punto no tiene más que hacerlo; de una vez por todas le hago saber que cuenta con mi permiso más absoluto (5).

La narración es retrospectiva, tanto en el caso de *El túnel* como en el de *Sobre héroes y tumbas*, si bien en este último caso resulta mucho más curioso y atrayente el método seguido. La noticia preliminar da cuenta del incendio provocado por Alejandra—junio de 1955—para dar paso al tiempo en que ella y Martín se vieron por primera vez—mayo de 1953—y a la nueva visión en febrero de 1955. Y se alude al viaje de Martín hacia el Sur para, años después, volver a saludar a Bruno, situación ésta en la que podríamos constatar cómo la narración se desplaza también hacia el futuro.

Y todo ello va surgiendo como consecuencia de las confesiones que Martín va haciendo a Bruno. Esos hechos son comentados después de la muerte de ella. Pero la narración no va referida exclusivamente a ese pasado más o menos reciente, sino que, gracias al recuerdo de los momentos vividos con ella, Martín nos lleva a su infancia y nos da cuenta de su padre y de su madre, para quien él sólo fue un estorbo, algo no deseado y que debió haber ido a parar a las cloacas, un niño que no fue amamantado por su madre para no deformarse.

El proceso alternante de la narración puede verse también en el hecho de que Fernando Vidal comienza escribiendo que no sabe «¿Cuándo empezó esto que ahora va a terminar con mi asesinato?» (6), lo que viene a significar una alusión a un pasado y a un futuro muy próximo ya, pero sin decirnos quién es él ni darnos ningún dato al respecto, lo que ocurrirá posteriormente, merced a un añadido momentáneo en el relato.

En el informe sobre ciegos elaborado por Fernando, se recurre al procedimiento del sueño dentro del sueño: sueña con una serie de investigaciones y de persecuciones por parte de la Secta de los Ciegos, hasta llegar a caer en sus manos y ser encerrado en una habitación donde surge una segunda ensoñación en la que cree ascender hasta la Deidad y llega a adivinar su propia muerte a manos del fuego,

---

(5) *Op. cit.*, p. 17.

(6) *Op. cit.*, p. 255.

como así será finalmente. Se trata, pues, de un breve sueño incluido dentro de otro mucho más amplio y en el que aparece una curiosa referencia a *El túnel*, recreación con la que se logra dar una mayor vida al mundo novelesco de este autor argentino.

La narración puede aparecer, incluso, como una autoconfesión, en forma dialogada, con los lectores. Es éste el caso de su primera novela en la que Juan Pablo Castel, después de presentarse brevemente, da paso a esas páginas de confesión hechas, no por vanidad, sino porque en él existe «la débil esperanza de que alguna persona llegue a entenderme, aunque sea una sola persona» (7), cosa harto difícil, pues la única persona que puede entenderlo es aquella a la que mató.

Esa contradicción de dar muerte a quien se necesita es el resultado del planteamiento que se observa en las obras que estamos comentando, y en las que aparece muy claramente una estructura dual en función de la dualidad misma de los personajes. El mismo Juan Pablo Castel reconoce que en su persona hay una bipartición invencible:

(...) ¡Cuántas veces esta maldita división de mi conciencia ha sido la culpable de hechos atroces! Mientras una parte me lleva a tomar una hermosa actitud, la otra denuncia el fraude, la hipocresía y la falta de generosidad; mientras una me lleva a insultar a un ser humano, la otra se conduce de él y me acusa a mí mismo de lo que denuncio en los otros; mientras una me hace ver la belleza del mundo, la otra me señala su fealdad y la ridiculez de todo sentimiento de felicidad (8).

Contradicciones, en fin, en las que incurre muy frecuentemente y hasta de forma tan sorprendente como es el hecho de escribir una carta muy cruel con toda intención para a los pocos momentos pedir que le devuelvan la misma porque se ha arrepentido inmediatamente.

Algo semejante ocurre con Alejandra, una muchacha de dieciocho años cuyas palabras revelan, en numerosas ocasiones, una profunda madurez, en tanto que en otros momentos se comporta igual que una niña. Faceta bipolar en la que cabe toda clase de sorpresas. Así han de entenderse situaciones tales como, verbigracia, que hasta los quince años se sintiese una Santa Teresa con deseos de imitar a misioneros y monjas y, al año siguiente, no creer ya en Dios ni en nada.

Y, aunque parezca extraño, Martín quiere a esa persona equívoca y sorprendente porque, en opinión de éste, la persona es un conjunto de máscaras diversas dispuestas a ser usadas de modo alternativo y

---

(7) *Op. cit.*, p. 13.

(8) *Ibidem*, p. 81.